

Las siete pequeñas novelas no carecen de interés y en casi todas se divisa la personalidad del autor: en muchas páginas nos parece escuchar sus conversaciones vehementes, crudas y eruditas; los lectores pueden comprobarlo, por ejemplo, en las páginas 90 y 120: sin embargo, ahora sólo vamos a referirnos brevemente a una de estas novelas, a la primera, por ser, a juicio de todos, la mejor y la que naturalmente tiene más interés para nosotros. *El hijo del árbol* es, en cierta manera, una novela histórica muy original sobre la vida de Cristo, en la que Iglesias manifiesta una sorprendente erudición teológica y escriturística. Comenzamos a leer con temor, porque, en general, los seculares —aunque hayan hecho estudios de humanidades en algún Seminario, como en el caso de este autor— yerran cuando excursionan por el campo de la Teología y de la Sagrada Escritura. Por lo común, las novelas históricas carecen de interés, porque sus autores son necios, en el estricto sentido de este vocablo, no saben, ignoran el pasado que debían conocer antes de dar rienda suelta a la imaginación.

Augusto Iglesias, hace amable en su obra, no sólo la personalidad del Redentor sino también las de la Virgen María, San José y Simón de Cirene; sobre todos ellos habla con parsimonia y elevación, su mismo estilo, aunque siempre correcto, como cumple a un perfecto Académico de la Lengua, es en estas páginas más delicado y pulcro, muy de acuerdo con el divino tema. A veces su prosa en *El hijo del árbol*, no obstante esa inconfundible peculiaridad que ya recordamos, se asemeja a aquellas líricas y místicas evocaciones de Gabriel Miró, en las inimitables "Figuras de la Pasión del Señor".

Fuera de esa parte en la cual el autor hace hablar a las aves acuáticas, que podría suprimirse sin que *El hijo del árbol* perdiera nada de su belleza e integridad, toda la narración es viva, vigorosa, apretada y muy conforme con la historia bíblica; la inventiva, lejos de desfigurar los personajes, los ennoblece y dignifica. Humana y misteriosa a la vez aparece la figura de Simón Cirineo, a quien Cristo mira con ternura y gratitud.

Iglesias ha escrito esta novela sobre Cristo con plasticidad y donosura.

<https://doi.org/10.29393/At401-92CBFA10097>

*Chile y Bolivia definen sus fronteras*, de CONRADO RÍOS GALLARDO.  
Nascimento, Santiago, 1963

El antiguo Canciller del primer Gobierno de don Carlos Ibáñez, avezado diplomático y experto periodista don Conrado Ríos Gallardo, ha escrito un nuevo libro: *Chile y Bolivia definen sus fronteras*, que, junto con *Después de la Paz... Las Relaciones Chileno-Bolivianas*, 1926; *Chile y Perú. Los Pactos de 1929*, 1956, y *Chile y Argentina. Consolidación de sus Fronteras*, 1960, confirman su prestigio de historiador sereno y veraz.

Don Conrado Ríos Gallardo ha logrado reunir todos los documentos necesarios para probar al mundo que Bolivia es, por naturaleza, un país mediterráneo y sin mar desde el primer día de su alumbramiento histórico, y que Chile ejerce su soberanía hasta el río Loa (21°30'5"), punto hasta el cual el "Libertador de Chile hacía llegar el puño de su autoridad".

Sucre, dice el moderno historiador, fue quien otorgó el primer puerto,

Cobija, al Altiplano en 1826; antes vivía encerrado en sus elevadas montañas. Ninguna de las Constituciones bolivianas incorpora a su territorio específicamente el desierto de Atacama; en cambio, todas las Cartas Fundamentales de Chile, desde la de 1822, proclaman como límites del país: al sur el Cabo de Hornos y al norte el despoblado de Atacama. Así como éstas, tan contundentes, son todas las pruebas que ofrece el señor Ríos Gallardo para convencer a los lectores de la mediterraneidad de nuestros vecinos.

Hasta 1843 nadie reclamó puerto en Bolivia; muy por el contrario, sus mismos estadistas y caudillos declaraban en documentos públicos que el país no podía hacer grandes progresos en su comercio por su situación geográfica, alejada por todas partes del mar. "A confesión de parte, relevo de pruebas". Por el contrario, nuestros gobernantes defendieron siempre el litoral chileno; sólo el Presidente Pérez, con elevado espíritu pacifista, cedió a los bolivianos el puerto de Antofagasta en 1866, pero el Gobierno de Pinto se los quitó en 1879 por no respetar el Tratado que legalizaba su permanencia allí. Bolivia tuvo mar sólo trece años y no supo aprovecharlo, porque no acrecentó ni su economía ni su comercio en la ciudad marítima.

En seguida el autor estudia prolijamente la triste actuación de Bolivia en la guerra de 1879. Hilarión Daza la precipitó a tan desgraciada aventura, pero el Antiplano participó sólo en dos batallas y, en mayo de 1880, el ejército volvió a la meseta andina, "dejando a su espalda al mar y a los futuros campos de batalla". El caudillo bárbaro fue derrocado y mereció el desprecio de sus compatriotas. Sin esperanzas de obtener algún botín, por la derrota ya consumada de su aliado, Bolivia firmó con Chile el Pacto de Tregua de 1884.

Antes de llegar a la firma del Tratado de 1904, hubo muchas disputas y conversaciones, y éste sólo se firmó el 20 de octubre de 1904. Por él, Bolivia renunció definitivamente a su aspiración portuaria y Chile le construyó el Ferrocarril de Arica a La Paz para dar a esa nación una expedita salida al litoral. El Tratado no lo arrancó Chile "con la punta de las bayonetas" sino después de un cuarto de siglo de terminada la guerra y tras largas y cordiales conversaciones entre los dos Cancilleres chilenos, señores Agustín Edwards y Emilio Bello Codesido, con el historiador don Alberto Gutiérrez, diplomático de Bolivia. El ilustre republicano e internacionalista, don Emilio Bello, recordaba hasta el fin de su larga existencia los preliminares de aquel Tratado que lleva su firma y decía: "Bolivia tiene el mejor puerto, Arica".

En 1910, bajo la Presidencia de don Eliodoro Villazón, defensor de la renuncia al puerto boliviano en 1904, se hizo en el Antiplano "el primer disparo", dice el señor Ríos Gallardo, para conquistar el litoral, y desde entonces hasta hoy los caudillos y políticos bolivianos, a fin de justificar ante la opinión pública sus interminables y circunces asonadas militares y esquivar la solución de los grandes y gravísimos problemas internos, piden la revisión del Tratado de 1904, con la esperanza de obtener un puerto en el Pacífico.

El señor Ríos Gallardo refiere, atinada y claramente, cómo fue desbaratada la pretensión portuaria de Bolivia en la Liga de las Naciones en 1921 y cita en seguida la opinión de autorizados internacionalistas para establecer que los Tratados sólo pueden modificarlos los Estados contratantes.

El autor, con ponderación y alto espíritu pacifista, en forma fácil, sencilla y amena, hace la Historia de nuestras relaciones con Bolivia y prueba hasta la evidencia que ese país, del cual guardo los mejores recuerdos y donde tengo excelentes amigos, puede aspirar a cualquier cosa menos a un puerto en el Pacífico, porque es un pueblo nacido a "3.500 metros de altura, término medio, sobre el nivel del mar; disfrutaba de un clima muy distinto al de la costa, en permanente contienda; ese pueblo pertenecía de hecho al interior del Continente, a la alta meseta y no conocía el rumor de las olas. El anhelo del mar es una aspiración de la minoría blanca y no de la raza indígena, avasalladora mayoría".

Terminada la lectura del desapasionado y ameno libro de don Conrado Ríos Gallardo, no habrá ningún boliviano sensato que se atreva a sostener sinceramente el derecho de su patria al litoral Pacífico.

FIDEL ARANEDA BRAVO.

*Mudanzas del tiempo*, de LUIS OYARZÚN.  
Santiago de Chile, 1963.

Aun para el sedentario es un viaje el de la existencia por las mudanzas del tiempo, y en el libro se cumple con tal parábola por las transiciones vitales. Buena parte de la lírica no deja de ser como un viaje alma adentro, monólogo de aquel personaje que nos habita y que se pone a explicar su historia y a referir las mudanzas de su ánimo.

En el breve libro de Luis Oyarzún, el fino poeta y prosista chileno, autor de *Relatos de la Infancia*, *Las Murallas del sueño* y *Los días ocultos*, se relacionan lirismo y paisajismo en páginas a la vez concisas y sugestivas que cuentan, justamente, las mudanzas del tiempo, las experiencias de las horas, la huella que los seres y las cosas suelen dejar en el viajero espiritual. Las notas de Oyarzún de estas *Mudanzas*, como las perspicaces de su anterior *Diario de Oriente*, se unen por el coercible encanto de alma vigilante para la que las circunstancias son motivos de meditación y de poesía. De tal modo, hasta en los remansos del agua transeúnte que copian con desigual transparencia los perfiles del paisaje, aparece un rostro subjetivo para pensar o sonreír, reflejándose en tersa superficie o con el entreceño que crean las ondas concéntricas.

Viaje físico, pero por sobre todo anímico viaje el de estas páginas de Luis Oyarzún, escogidas de un diario en el que se conjuntan almas y lugares, y en las que la meditación adquiere frecuentemente la categoría del poema: "...Sufro por lo que no he de ver, por lo que no amaré en esta vida, en el ejercicio y en el tiempo de esta forma que vivo. Sufro también por lo que he visto y no habré de ver ya más. Sufro la duración que se consume